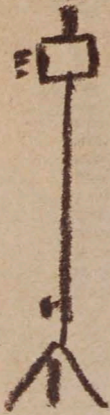


April 22, 1960

# Reflector

## "EL VIEJO"



EN los primeros años de la década del cincuenta, cuando principiaron a aparecer los nuevos autores que revitalizaron una dramaturgia que parecía extinguida, tuve mis primeros contactos con Antonio Acevedo Hernández.

Esponáneamente, sin que le invitaran —nunca estaba en las listas oficiales de invitaciones a los estrenos—, llegaba hasta las nuevas salas. Su larga melena encanecida, sus ropas desaliñadas, su ronca voz de obrero pampino, ponían en evidencia que él era un afuerino en ese mundo de "pijes" dedicados a hacer teatro. Pero él no se sentía extraño. Venía a ver las nuevas obras chilenas y, después, buscaba al autor y lo estrechaba fuertemente entre sus brazos. Heiremans, María Asunción Requena, y tantos otros, supimos de sus palabras de emoción y aliento. Adivinábamos que veía en nosotros la posibilidad de una continuación de la obra gigantesca que años antes él había emprendido. Porque Acevedo Hernández es una parte inmensa del teatro chileno, de un teatro que se hacía a fuerza de talento, de transpiración, de entusiasmo y, sobre todo, de amor.

Mientras otros miraban con displicencia lo que las nuevas generaciones intentaban hacer, Acevedo Hernández prodigaba su estímulo y su consejo. Pedro de la Barra se lo llevó al Teatro Experimental y allí dictó un cursillo sobre la historia de nuestro teatro. No se escuchaban en sus clases ni las citas doctas ni los datos abigarrados de erudición. Lo que él entregaba era su rica experiencia vital, su honesta sabiduría adquirida en una existencia agitada por decenas de giras y temporadas. En el Teatro Experimental, sus alumnos y sus amigos lo denominaban: "el viejo", no en sentido peyorativo, sino en forma cariñosa y afable. Era el viejo autor que se acercaba a nosotros, el viejo luchador que quería continuar en la brega, el viejo hombre de teatro que no se resignaba a alejarse de los escenarios y los camarines.

Pasó un tiempo y no le hemos vuelto a ver en los diferentes lugares donde se junta la gente de teatro. Sin embargo, cada vez que hay un foro, una conferencia, una discusión acerca del teatro chileno, su nombre es pronunciado para referirse, junto a Armando Mook y Germán Luco Cruchaga, a los tres grandes del teatro chileno.

Ahora sabemos que "el viejo" está enfermo y más pobre que de costumbre. Jorge Escobar, desde una de sus audiciones radiales, ha hecho un llamado para acudir en su ayuda a través de un festival artístico. Es lo menos que puede hacerse. Acevedo Hernández ya tiene ganado un lugar preeminente en la historia del teatro chileno, pero no le han dado la vejez pacífica que él se merece. Cuando aquel festival se realice, estoy cierto de que llegarán a recordar a "el viejo", no sólo los que fueron sus compañeros de bohemia y aventuras artísticas, sino la gente joven que recibió de él no sólo la inapreciable enseñanza de su legado literario, sino el consejo oportuno o, mejor aún, ese abrazo apretado de emoción con que Acevedo Hernández nos testimoniaba su adhesión y su estímulo.

Que se realice aquel festival. Se lo merece como el que más.

Es lo menos que podemos hacer por "el viejo".